Ilustraciones: Libro, Women a Pictorial Archive from Nineteenth-Century Sources.

# HISTORIA DE LA MUJER: ¿UNA TECNOLOGÍA DEL GÉNERO O UNA POLÍTICA DE LA IDENTIDAD?

**Elsa E. Muñiz***

Dos son los aspectos que me interesa abordar en esta presentación: en primer término, manifestar algunas de las razones que me llevaron a plantear la investigación que realizo actualmente,[1] y en segundo lugar, apuntar de manera muy general hacia mi propuesta de historia cultural de género.

Para nadie es novedad que desde hace un buen tiempo, las mujeres nos hemos preocupado por recuperar nuestra historia, pero no sólo eso, la reflexión ha conducido a la elaboración de instrumentos teóricos que auxilien en este trabajo. Esta búsqueda ha pasado por varios momentos en los cuales no me detendré, pero que pueden resumirse en tres: la indagación de los orígenes de la opresión femenina, el rescate del protagonismo de las mujeres y la historia con perspectiva de género.

## I

Es en esta última tendencia en la que inscribo mi trabajo y a partir de la cual expongo los motivos que me llevaron a su realización.

La primera razón se refiere a la forma en que se ha utilizado el género en la investigación histórica. Como señala Joan W. Scott,[2] y como se ha planteado ya en otros foros, el uso "descriptivo", del género lo ha convertido en un sinónimo de mujer y, generalmente la "historia de la mujer", que así lo instrumenta en sus investigaciones, ha creado un relato que se limita al estudio de sus ámbitos, sus acciones y sus concepciones del mundo. Una historia propuesta en tales términos adquiere en consecuencia una connotación esencialista, y se convierte en un complemento de la historia tradicional.

El uso del género como categoría analítica, cuyas implicaciones metodológicas han abierto el horizonte a las investigaciones sobre las mujeres, significa adentrarse en una discusión sobre las teorías, tanto de la historia como de la feminista. Por esto, considero que una "historia de la mujer" no debe ser una sencilla cuestión de temática distinta, sino de formas diferentes de examinar el conjunto de la sociedad. Es entonces cuando la categoría de "género" cobra importancia como una auténtica elaboración conceptual surgida de las cuestiones no resueltas y de los hechos olvidados, y su valor teórico resulta de la complejidad de las relaciones que explora. Sin embargo, se ha advertido una gran dificultad para incorporarla a los diferentes cuerpos teóricos existentes; de ahí, los distintos usos que se le han dado y los diversos resultados que se han obtenido en dichas investigaciones.

La historia de las mujeres que tiene como objetivo central la recuperación del protagonismo femenino ha sido necesaria, pero creo que es tiempo de intentar una reflexión teórica que nos conduzca a la elaboración de historias que recuperen fundamentalmente la construcción de los géneros y las formas: cómo se establece la relación entre ellos, en diferentes ámbitos, así como sus referentes simbólicos y materiales, en la medida en que éstos configuran las identidades de los sujetos femeninos y masculinos. Un relato histórico que contemple la importancia del carácter relacional y no olvide las asimetrías y las jerarquizaciones entre lo masculino y lo femenino, y que tome en cuenta los sistemas simbólicos que se traducen en las persistentes asociaciones de la masculinidad con el poder y la subordinación con la femenidad.[3] Descuidar una relación histórica y cultural tan dinámica y cambiante nos conduce sin remedio

*Profesora-investigadora del Área de Estudios Interdisciplinarios de Cultura en México del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco.

a una inmovilidad de la dicotomía femenino/masculino, que se repite y reproduce siempre de la misma manera, percibiéndose como ahistórica.

El trabajo teórico a través del cual se construyó la categoría género debe continuar apuntando hacia algún tipo de síntesis histórico-sociales vinculadas a todos los aspectos que intervienen en la conformación de la división genérica de los diversos grupos en determinado tiempo y espacio histórico: desde los hechos macro hasta los de la vida privada, desde los materiales a los simbólicos, y sin olvidar el interés de construir identidades diferentes de las mujeres y los hombres, apuntaladas por el feminismo.

La segunda razón que me lleva a emprender esta investigación es tratar de responder a la interrogante ¿qué ha sido la historia para la mujer y qué puede ser? Esta cuestión propone el imperativo de adoptar una posición respecto a la conceptualización del "ser mujer". Desde algunas visiones del feminismo contemporáneo se reconoce a la "diferencia" como uno de los aspectos fundamentales de la identidad femenina. En este sentido hablamos de "las mujeres" cuyas identidades se construyen a partir de situaciones concretas de existencia. Retomo los planteamientos de Nattie Golubov, en el sentido de no caer en la idea de una "identidad femenina representativa" que conceptualice y reduzca de manera simplista las experiencias de las mujeres.[4]

Si, como afirma Teresa de Lauretis, la identidad de los individuos es un proceso en el que la propia historia es "interpretada o reconstruida por cada uno(a) de nosotros(as) dentro del horizonte de significados y conocimientos disponibles en la cultura en un dado momento histórico...", el relato histórico como una síntesis homogeneizadora de las experiencias femeninas y masculinas, ha cumplido una función ontológica que tradicionalmente borra las especificidades y particularidades relacionadas con otras determinaciones de la identidad.[5] El relato histórico se ha convertido en un elemento fundamental de la construcción de la subjetividad indiferenciada, tanto entre las mujeres como entre los hombres.

A partir de la hipótesis de que el relato histórico es un factor central en la construcción de los sujetos femeninos y masculinos, considero que no es tan sencillo producir una narración histórica alternativa[6] y diferente, puesto que no basta hacer visible lo invisible, como si la esencia jerárquica y asimétrica del género estuviera allí esperando a ser reconocida por el discurso hegemónico.

La crítica que propongo a la llamada "historia de la mujer" tiene, por tanto, dos ejes problemáticos: el primero de orden teórico, basado en la preponderancia de una visión descriptiva del género en la creación historiográfica contemporánea, que involucra una concepción esencialista del ser mujer y se refleja en los estudios que reproducen la separación de las esferas privada y pública, que eligen los temas selectos sobre sexualidad femenina, la maternidad, la vida doméstica y la familia. El segundo atiende a la posición política y filosófica, que deviene del feminismo y que tiene como premisa básica el cambio y la transformación social a partir de la reelaboración de la identidad de los sujetos.

Para la problematización del primer eje, recurro a Teresa de Lauretis, quien concibe el género como una representación y una autorrepresentación producida por diversas tecnologías sociales como el cine, los discursos institucionalizados, entre ellos el discurso histórico oficial y la historia de la mujer, las diversas epistemologías y prácticas críticas, como también las prácticas de la vida cotidiana.[7]

Comparto la posición de De Lauretis, cuando propone que *la representación del género es su construcción* y que en la actualidad se siguen reproduciendo las mismas representaciones de los géneros, incluso desde los discursos feministas o pseudofeministas. La historia de la mujer que no toma en cuenta las relaciones genéricas, actúa como una "tecnología del género", término acuñado por De Lauretis, y que se refiere a

la reproducción, la representación y autorrepresentación de los géneros, y sus relaciones, limitando su aporte al rescate del protagonismo en cualquiera de sus versiones: ya sea recuperando a las mujeres célebres por su heroísmo al defender una causa propia o ajena, o rescatando a mujeres cuyas hazañas exaltan los valores tradicionales de la identidad femenina.

Resulta particularmente importante para la elaboración de un relato histórico alternativo desde el feminismo, concebir al género como una construcción sociocultural *y también como un aparato semiótico*, considerarlo como un sistema de representaciones que asignan significado a los individuos dentro de la sociedad y los dota de posiciones sociales cargadas de significaciones diferentes según sean representados y se representan a sí mismos como hombres o mujeres.

Para explicar el segundo eje problemático retomo la crítica que Habermas hace a las posiciones neohistoricistas, las cuales sustentan la tesis relativista de que una práctica sólo es enjuiciable desde las formas de vida y tradiciones en las que se inserta. Desde esta perspectiva neohistoricista las tradiciones y los hechos históricos se aprecian como incuestionables y tienden a ser aceptados como "normalidades", como sucesos que pueden ser comprendidos en su contexto espacio-temporal particular. En consecuencia, los neohistoricistas pretenden asumir la perspectiva del participante al ofrecer una reconstrucción histórica de los acontecimientos.

Para Habermas, cuando el historiador intenta colocarse empáticamente en la situación de los participantes con el fin de comprender a los actores y sus acciones en el contexto particular que les es propio, hay una tendencia a limitar su comprensión histórica. El filósofo cita como ejemplo la reconstrucción histórica que se ha intentando realizar del periodo nazi en Alemania, la cual resulta insuficiente, según él, para comprender de manera cabal el complejo entramado del nazismo. A partir de ello, Habermas insiste en la importancia de que el historiador asuma, no sólo la perspectiva del participante sino también la de un observador *crítico* de los hechos. Por tanto, es necesario señalar que lo que está en juego en la controversia metodológica es la posibilidad de acceder a una genuina autocomprensión. En síntesis, las prácticas no deben ser comprendidas solamente desde las formas de vida y la tradición en la que se insertan, es necesaria una reflexión hermenéutica en el método, porque el interés crítico y emancipador de la comprensión histórica no es el de justificar a las prácticas en su propio contexto, sino comprenderlas en orden a transformarlas.[8]

Esta misma reflexión es la que propongo para el caso de la "historia de la mujer", pues al recuperar sus espacios tradicionales y sus acciones típicamente femeninas, es decir, contar la historia desde su "ser mujer", hace que se asuman una serie de "normalidades" grises, casi imperceptibles, y con ello la posibilidad de reconocer el intrincado fondo de relaciones primarias de significación de poder. Sería este el caso de la recuperación sistemática de la opresión histórica desde una óptica acrítica que refuncionaliza el "papel tradicional" de la mujer.

El cuestionamiento que Habermas hace a la "iluminación neohistoricista" de las continuidades de la historia nacionalista alemana para favorecer el debate público en torno a las relaciones entre el presente y algunos elementos del pasado, es válido también para la historia de las mujeres. Lo que le interesa es promover un distanciamiento respecto de aquellos elementos del pasado "no susceptibles de asentimiento", para propiciar una ruptura con las tradiciones, esto es, generar una política de la historia que se traduzca en una política de las identidades postradicionales, como él las llama.

La crítica habermasiana se dirige a la mera "actualización" de la narración histórica, a partir de la coexistencia de elementos nuevos "susceptibles de asentimiento" colectivo con elementos tradicionales negativos (fatales), propues-

ta por el neohistoricismo -este sería el caso de la recuperación de las mujeres célebres o atípicas por sus conductas transgresoras-; por el contrario, la propuesta de Habermas presupone una valoración crítica del pasado guiada por el interés de acceder a una apropiación consciente de la historia, fundada en la "prosecución selectiva" de las tradiciones.[9]

Advertir la importancia de una apropiación crítica de la conciencia histórica como elemento decisivo para la desconstrucción, construcción y reconstrucción de las identidades genéricas, significa revalorar el peso de los relatos históricos en la construcción de las identidades genéricas, y reconocer que la identidad no es solamente algo que se nos asigne o que nos encontremos, es a la vez un proyecto propio en donde las tradiciones son cuestionadas y los sujetos tienen la opción de decidir si las continúan o no, y cómo las continúan. Este sería el caso del relato histórico que contemple la esencia del género y del feminismo en el marco de las relaciones genéricas establecidas en determinado periodo; sopesar de manera concreta tanto los elementos negativos como los positivos, es decir, los opresivos pero también los transgresores tanto de hombres como mujeres desde las pautas morales, jurídicas y sociales emanadas de la cultura para que desde la crítica se fundamente una selección de los elementos dignos de ser continuados y los que han de desecharse.

En este sentido, considero que los planteamientos de Linda Alcoff sobre la "política de la identidad" sintetizan de manera precisa la propuesta de Habermas aquí expuesta, y las reflexiones que realizó en torno a la importancia de la elaboración de una narración histórica desde el género y el feminismo.

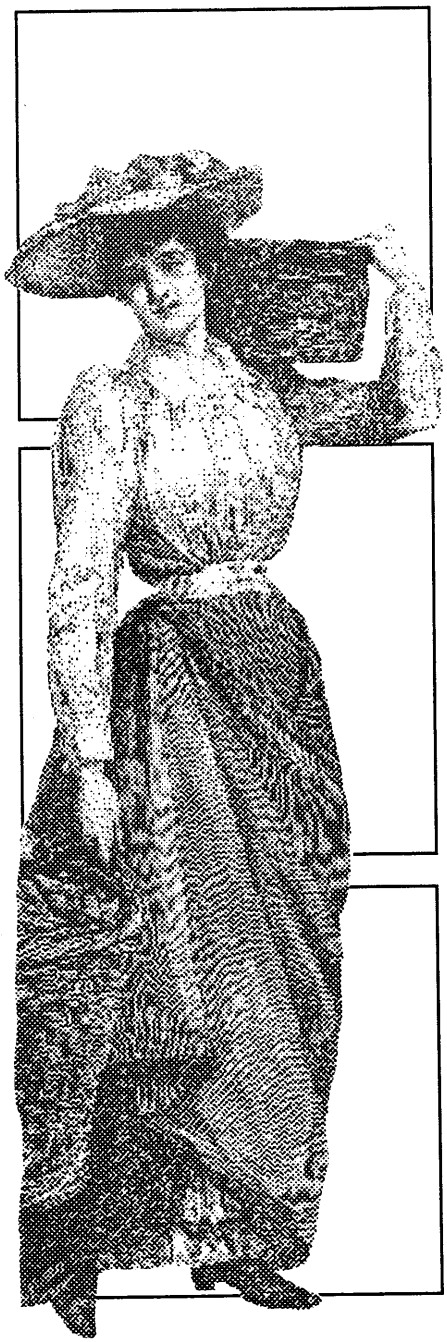
Si partimos junto con Alcoff por reconocer que "...la propia identidad [es] siempre como una construcción aunque también como un necesario punto de partida",[10] la conciencia histórica cobra fundamental importancia, pues a través de ella se constituye la conciencia genérica en general y la conciencia feminista en particular; de ahí la trascendencia de la reflexión sobre el tipo de historiografía que hacemos.

La crítica al discurso histórico de la mujer, sigue siendo una parte vital del quehacer feminista, y junto con ella, el esfuerzo mismo por crear nuevos espacios discursivos y por reescribir las narraciones culturales. Es preciso definir los términos que corresponden a una perspectiva genuinamente distinta, es decir, a un punto de vista situado en "algún otro lugar", como enfatiza Teresa de Lauretis. Un nuevo relato histórico que contemple las relaciones de género debe aspirar a ejercer un peso subjetivo al nivel de las autorrepresentaciones de los sujetos tanto en el ámbito micro de la vida cotidiana como en el de las producciones culturales.

## II

El relato o los relatos históricos son producciones culturales que construyen las representaciones y autorrepresentaciones de los géneros. En este sentido, elaborar un discurso histórico alternativo significa incidir en la construcción de representaciones y autorrepresentaciones de los géneros y sus relaciones desde otra mirada. Esta mirada desde otro lugar no estará determinada por la "dimensión femenina" de la sociedad, en la que comúnmente se ha sustentado la historia de las mujeres, sino por la dimensión genérica en sus dos aspectos: como construcción cultural y como relaciones sociales.[11]

Así, la propuesta de historia cultural elaborada por Robert Darnton,[12] puede aportar el enfoque metodológico para abordar la historia desde una perspectiva de género. Darnton nos habla de antropología histórica o, como señala Chartier, "de un modo antropológico de la historia", capaz de superar las contradicciones insolubles en las que ha caído la historia de las mentalidades.[13] Según el historiador, la antropología tiene mucho que aportar a la historia: un enfoque que permita acceder al pasado, como a "otra cultura", permitiendo el distanciamiento; un programa en el que se intenten comprender los sucesos desde el punto de vista de los protagonistas, así como su significado y sus dimensiones sociales, y un concepto de cultura, entendido como un "mundo simbólico" compartido.[14] La historia cultural nos permite, entonces, acercarnos a la construcción de las identidades genéricas desde las formas culturales en un tiempo histórico determinado, así como las relaciones que entre los géneros se establecen, al mismo tiempo nos posibilita advertir los cambios que en ellas se han presentado.

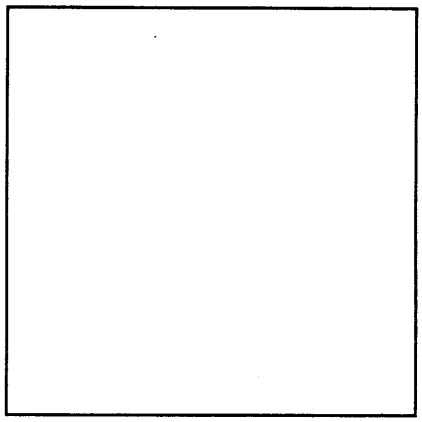


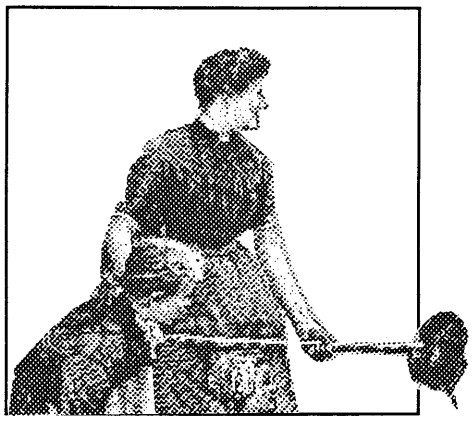
De la propuesta de Darnton de historia cultural resulta interesante la "lectura" de los hechos como "textos", aunque la crítica de Chartier a su trabajo vaya en el sentido de cuestionar si una aproximación antropológica pueda darse desde una fuente escrita. También considero relevante la iniciativa de recuperar el mundo simbólico de una época mediante la percepción tanto de los sectores populares (a través de los cuentos), como de la intelectualidad (escritos administrativos, filosóficos, epistolares), aunque Chartier también interrogue al historiador sobre la validez de las formas simbólicas desde una perspectiva tan amplia.[15]

La historia desde el género que adopta esta propuesta debe partir de estas premisas llamémosles metodológicas para lograr un acercamiento diferente a los procesos históricos. Las novelas de la época, los discursos oficiales emanados desde el Estado (nacionalismo, liberalismo), desde la religión, y sobre todo desde el análisis de la historia oral, podrían ser fuentes que leeríamos como "textos" en busca de una interpretación de la composición simbólica; difiero aquí con Chartier cuando duda de la efectividad de los discursos intelectuales como generadores de elementos simbólicos.

Sin embargo, la historia desde el género también debe tener sus reservas para con el modelo darntoniano, sobre todo si somos congruentes con los señalamientos de Habermas. La interpretación que hagamos desde los prota-gonistas no debe resultar en una justificación, debemos "interpretarla en función de transformarla", de ahí la importancia de no olvidar el compromiso con el feminismo.

Como en otros trabajos he señalado,[16] los relatos históricos deben tomar en cuenta el problema de la identidad, y en Darnton es el centro de su búsqueda histórica. En esto coincidimos: la construcción de la identidad genérica pasa fundamentalmente por los discursos que constituyen los relatos históricos, de ahí su importancia y la necesidad de elaborarlos desde otro sitio, como De Lauretis propone. Sin embargo, la posición feminista nos hace introducir variaciones a los postulados darntonianos, cuando afirma la existencia de una discontinuidad radical entre las nuevas y las viejas formas de pensar y de actuar en el mundo, y una continuidad perceptible de -en su caso- "un estilo cultural francés". Coincido nuevamente con Darnton en que existen esas discontinuidades que, sin embargo, el relato histórico se ha encargado de desdibujar; para los





relatos históricos oficiales en relación a las mujeres es un *continuum*. Actuamos como actuaron nuestras abuelas, porque eso es lo "natural". Precisamente esta premisa avala la existencia de una esencia femenina o "lo femenino"; esta sería la principal oposición de mi parte a los planteamientos de Darnton, pues de esta manera el o los relatos históricos estarían justificando esa esencia femenina.

Considero, por el contrario, que si aceptamos una discontinuidad entre las viejas y las nuevas formas de concebir el mundo, pero además aceptamos otro tipo de discontinuidades dadas por las distintas dimensiones de la identidad (clase, etnia, grupo de edad, actividad, entre otras) estaremos en posibilidad de comprender cómo "lo femenino" no es algo que perdure por siempre a través de la historia; esto sería aceptar un estructuralismo que inmoviliza la cultura. Tanto lo femenino como lo masculino se construyen en cada momento histórico y en cada etapa se refuerzan las formas simbólicas en que se sustenta.

Sin embargo, como Chartier plantea, "...la cuestión más apremiante inherente a la historia cultural hoy... es la relativa a las diferentes formas en las que los grupos y los individuos hacen uso de, interpretan y se apropian de los motivos intelectuales o de las formas culturales que comparten con otros. De aquí que el complejo de cambios en la tarea del historiador para enfocar su atención en las carreras individuales, para revocar y poner en duda la separación entre lo popular y lo culto, y para intentar la reconstrucción de prácticas sobre la base de las representaciones que se dan de ellas y de los objetos manipulados en ellas".[17] Está presente, pues, la necesidad de no restringir el concepto de cultura al "mundo simbólico" y ampliarlo a las formas de actuar, modos de vivir y de relacionarse de los individuos.

## III

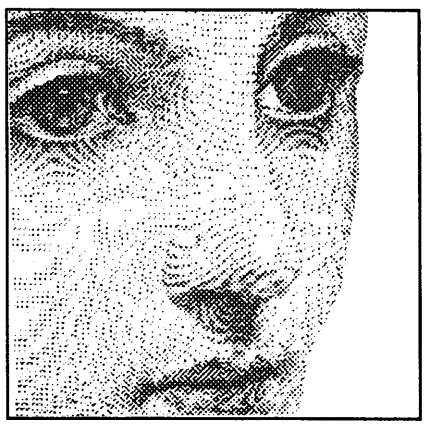
A manera de conclusión, propongo que el acercamiento idóneo a la construcción de las diferencias génericas, el establecimiento de patrones de conducta y formas de actuar, y las relaciones que se establecen entre ellos, es desde la antropología histórica o la historia cultural.

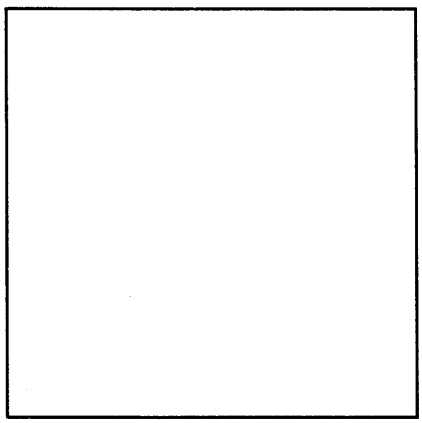
Esta mirada diferente nos permite, entonces, abundar en la historicidad de las diferencias genéricas y en la multiplicidad de sus manifestaciones.

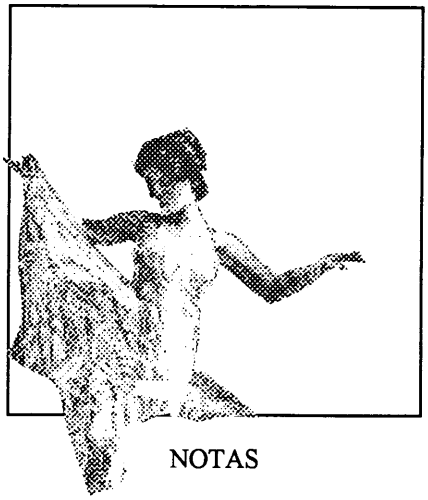
Nos permite, también, comprender la importancia de analizar dicha construcción genérica en términos de relaciones sociales y dejar de advetir a las mujeres como entes aislados.

Propicia el desmantelamiento de la cerrada dicotomía público/privado, y nos conduce a advertir que todos los espacios se encuentran traspasados por las relaciones de género jerarquizadas y asimétricas.

Finalmente, nos permite una mayor comprensión sobre la importancia que tiene el discurso histórico en la construcción de las identidades en general y de las genéricas en este caso particular.







## NOTAS

[1]El nombre de la investigación que está a punto de concluir, tiene por título: Docilidad o irreverencia: las mujeres en los años 20. Una propuesta desde el género y la historia cultural.

[2]Scott menciona que los enfoques más practicados entre los historiadores(as) de las mujeres son: el que obedece a una perspectiva descriptiva, sin interpretación ni explicación causal, y el que teoriza sobre la naturaleza de los fenómenos, tratando de buscar una relación causal. La autora señala que en su forma descriptiva, el género se usa como sinónimo de mujer cuya implicación es la de dotarlo de una neutralidad científica, fuera de su connotación feminista, y por tanto, de su contenido político. Joan Scott, "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en James S. Amelang y Mary Nash (eds.), *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Ed. Edicions Alfons El Magnánim, Institucio Valenciana D'Estudios I Investigacion Valencia, 1991, pp. 23-56.

[3] Elsa Muñiz, "Los usos del género: una propuesta para la Antopología y la Historia", ponencia presentada en el XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, julio de 1993, ciudad de México.

[4]Nattie Golubov, "La política de la experiencia", ponencia presentada en el Tercer Coloquio de Cursos, Seminarios y Talleres, del PIEM de El Colegio de México, noviembre de 1993.

[5]*Ibid.*

[6]Cuando hablo de un discurso alternativo de la historia, me refiero a una visión de la historia desde el género y el feminismo, que contemple la importancia del discurso histórico en la conformación de las identidades genéricas, así como de una conciencia feminista que no pierda de vista el cambio en las relaciones jerárquicas entre los géneros, que nos muestre que dichas relaciones no siempre han sido iguales ni las mujeres siempre han resuelto estas relaciones en los mismos términos. Lo que intento es demostrar que han existido otras formas de respuesta de las mujeres ante la opresión, y no solamente de sufrimiento y victimización.

[7]Teresa de Lauretis, "La tecnología del género", en Carmen Ramos (comp.), *El género en perspectiva*, UAM-Iztapalapa, México, 1991, p. 234.

[8]Véase, Jürgen Habermas, *Identidades nacionales y posnacionales*, Ed. Tecnos, Madrid, 1989, pp. 85-121.

[9]*Ibid.*

[10]Linda Alcoff, "Feminismo culturalista versus postestructuralismo: la crisis de la identidad en la teoría feminista", en *Feminaria*, No. 4, Buenos Aires, 1989, p. 14.

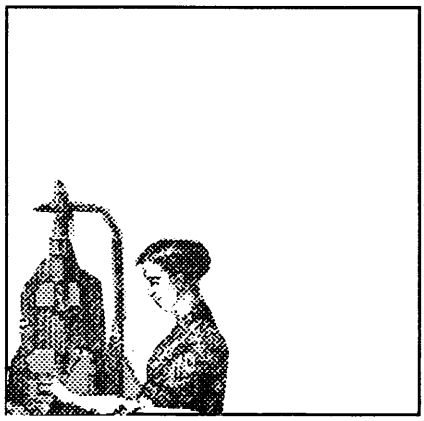
[11]Elsa Muñiz, "Los usos del género: Una propuesta para la antropología y la historia", ponencia presentada en el XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, México, 4 de agosto de 1993.

[12]Robert Darnton, *La gran matanza de los gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, FCE, México, 1987.

[13]Roger Chartier, "Texto, símbolos y lo francés", en *Historias*, No. 25, Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, octubre 1990-marzo 1991, página 4.

[14]*Ibid*, "En *La gran matanza de gatos*, utiliza el concepto de cultura en un sentido estrictamente geertziano, tal como se expresa, por ejemplo, en la interpretación de las culturas como un esquema históricamente transmitido de significaciones representadas en símbolos, un sistema de concepciones heredadas y expresadas en formas simbólicas por medios con los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes frente a la vida".

[15]*Ibid.*, pp. 7-8.

[16]Véase, Elsa Muñiz, "En busca de la legitimidad teórica. La historia regional y la historia desde el género", en revista *Fuentes Humanísticas*, No. 7, UAM-Azcapotzalco, México, 1993.

[17]Roger Chartier, *op. cit.*, pp. 9-10.